

Aquí también hay sueños

Pseudónimo: Café Tropical

En verano del 2019 un equipo de ocho personas nos aventuramos en un proyecto que se sentía como un salto al vacío con los ojos vendados, con la seguridad de que íbamos de la mano y con una buena intención; “En Marcha” es el nombre del campamento de verano que llevamos a cabo para niñas y niños de entre 7 y 9 años.

No escribo estas palabras con el fin de contar “una historia de éxito”. Sí, fue un reto, puesto que ninguna de las personas habíamos hecho algo parecido, pero la enseñanza de En Marcha no fue relacionada a “cumplir una meta”, ni a las fotografías para redes sociales, ni sobre los fondos recaudados. Lo aprendido fue algo más valioso y duradero.

En enero de ese año compartí, titubeante, la idea sobre el proyecto con mi mamá. “A veces sólo necesitamos un empujoncito, un recordatorio de que se vale soñar; quisiera transmitir esto a las niñas y niños” dije frente a ella, sentadas con la barra de la cocina entre nosotras. Mi mamá no dudó ni un segundo en apoyarme; siempre agradezco ese entusiasmo que mi madre y tantas otras muestran ante nuestras iniciativas. La planeación se desarrolló por los siguientes meses, hasta que en julio nos pusimos, metafórica y literalmente, *En Marcha*.

Por una semana entera compartimos actividades, juegos, risas, comidas y bailes con 14 niñas y niños. Salud mental, expresión artística e innovación social fueron algunos ejes desde los cuales trabajamos. Teníamos una meta: contribuir a la formación de personas ciudadanas, con un sentido de responsabilidad social. No nos sobraron fondos económicos (quizá nos faltaron); no nos sobraba experiencia (tal vez fue más bien un arranque de valentía lo que nos permitió llevar a cabo el campamento); lo único que nos sobró fueron ganas de contribuir en algo, de darle un sentido mayor a nuestro verano. Esto para mí se cumplió cuando Emiliano me dijo “creo que ahora quiero entrar a esta secundaria” (refiriéndose a las instalaciones donde desarrollamos el proyecto) o cuando Tadeo mencionó que su taller favorito era Perspectiva del Entorno, donde trabajamos sobre problemáticas en nuestras colonias y cada niña y niño colaboraba en equipo para proponer soluciones.

Todo esto sucedió en una ciudad pequeña como tantas otras de este país. Donde la gente se burla de la tierra que les ha visto crecer, mientras decide también no contribuir a ella; donde la inseguridad se ha adueñado de las calles; donde las personas sueñan con irse y no volver.

Para mí la mayor enseñanza de En Marcha no fue aprender a organizar talleres, ni conseguir apoyos económicos; para mí el fruto verdadero fue recordar que aquí también crecen los sueños. Que en las ciudades pequeñas, de concreto, que pueden pasar desapercibidas ante los ojos apáticos, hay muchísima vida y futuro; hay generaciones

nuevas; hay tiempo de reír y planear un mejor mundo. Que si un niño o niña se siente parte de su comunidad y propone nuevas ideas, ya hay una revolución. Que el futuro de cada persona es valioso y merece venir repleto de esperanza. Que “la ciudad” no son edificios altos ni avenidas gigantes: son las personas, los parques, las colonias seguras y la posibilidad de seguir construyendo un mañana en comunidad.

Así nos veo ahora: en marcha, soñando por un futuro, pero con la seguridad de que las ideas son sólo el primer paso; tomar acción, desde nuestra calle, colonia, salón o ciudad, lo es todo. No hay acciones grandes ni pequeñas, pues si hay voluntad y esperanza, ya lo hay todo.